

# Páginas Ilustradas

AÑO III

Propietarios: Calderón Hermanos

Nº 80

Director, PRÓSPERO CALDERÓN



Fot. Rodd

Señorita Marta Díaz Granados

San Jose, Costa Rica—América Central—4 de febrero de 1906

# La gloria á obscuras

(Un cuadro de Alberto Plá y Rubio)

Para Páginas Ilustradas

## I

Se llamaba Germán; pero todos los de la escuela le conocíamos por *Piernas*, porque no sé cómo diablos se arreglaba que siempre los calzones le resultaban cortos, ruciendo enteritos los botines sobre los que se balanceaban, á la altura de las canillas, las campanas de ambas perneras:

Era un muchacho de trece á catorce años, delgaducho y descolorido, rubio de melena y con una fisonomía que nada hubiera indicado, á no adornarla unos grandes ojos de azul oscuro, sumamente expresivos. De naturaleza bonachona y de carácter débil, así lo conocíamos; sufría resignadamente las bromas, algunas bien pesadas, que con excesiva frecuencia inventábamos para mortificarle. Como aplicado, lo era, y más de una vez nos lo citaba el profesor como discípulo ejemplar. Huérfano de padre, según las noticias que hasta nosotros habían llegado, no disfrutaba su madre de muy holgada posición. Más aún: decíase que el Director del Colegio le mantenía y educaba poco menos que gratis, lo que, si era cierto, hay que reconocer que Germán agradecía aprendiendo mucho y bien.

En los ratos de recreo eran muy raras las veces que tomaba parte en los juegos de todos nosotros, movidos y turbulentos, cosa natural en los muchachos de nuestra edad. Lo más común era verle leyendo ó, con preferencia, paseándose por una parte del jardín en la que se cultivaban plantas y flores para las explicaciones prácticas de nuestras lecciones de Botánica. Sólo en la clase de gimnástica era donde Germán se entregaba por completo al movimiento y expansión, llegando á ser tan hábil en aquella asignatura de desarrollo físico como inteligente era en otras de desarrollo intelectual.

Jamás había acudido en queja ante un profesor por molestas que fueran las bromas de que le hacíamos víctima; sólo cuando alguna de ellas llegaba á incomodarle se cuadraba y con voz clara y ademán categórico, decía: "basta" y.....era bastante, pues sabíamos que la gimnástica había fortalecido sus músculos, y no creíamos prudente ponerlo á prueba.

En nuestra misma clase había otro muchacho, perteneciente á una de las familias más ricas, pero no más aristocráticas de la ciudad, que, infatuado por la primera de esas circunstancias, parecía como querer ejercer cierto predominio sobre todos nosotros. Era algo, más crecido que Germán y, sin duda, porque ambos significaban dos fuerzas antagónicas según se cree, *el pobre* se veía continuamente zaherido por *el rico*, sin que de ello, no obstante, hiciera gran caso; pero, y eso lo habíamos notado diferentes veces, sin que dejara llegar las bromitas de éste donde dejaba que llegasen las nuestras.

No brillaba Miguel, que así se llamaba el niño rico, por su inteligencia, pero tampoco fuera justo tacharle de ignorante. Como la generalidad, más aficionado á jugar que á estudiar, no resultaba mejor ni peor que los demás.

El sistema de enseñanza que, según se verá, se seguía en la escuela, era muy indicado para estimular la inteligencia y aun el amor propio de los alumnos. Dividíase el aula en dos secciones, compuesta cada una, según el número de educandos, de tres ó cuatro largos bancos colocados á derecha é izquierda de la tarima del profesor, en sentido perpendicular á ella y dejando despejado el centro del local. Sobre los bancos del lado derecho había un gran cartelón que decía *Romanos* y sobre los de la izquierda leíase en otro *Cartagineses*. El banco delantero, en ambas secciones, no se ocupaba más que accidentalmente, viniendo á ser como prisión ó destierro á que iban condenados los alumnos en la circunstancias que ligeramente voy á explicar.

Llamaba el profesor á un *romano* y le preguntaba, pongamos por caso, sobre el orden de los vertebrados. El *romano* contestaba enumerando las familias, clases, subclases, etc. etc.; si la enumeración era exacta volvía á su sitio; pero si olvidaba alguna circunstancia no se le permitía rectificar y se llamaba á un *cartaginés*, que venía al centro de la clase á situarse al lado del *romano*. Si el *cartaginés* acertaba, pasaba el *romano* á ocupar el primer banco de la sección enemiga, hasta que en otro trance se redimía, pues hay que advertir que con frecuencia se preguntaba á los prisioneros dándoles así ocasión de libertarse.—Batalla hubo en que media clase resultaba prisionera de la otra media.

Germán había tenido la suerte de no caer nunca en poder del enemigo y, aunque de ello no hacía jactancia, le daba eso cierta consideración entre todos nosotros; consideración que quedaba dentro de la clase, pues fuera de ella no le libraba de bromas y cuchufletas.

Un día el profesor estaba de humor y empezó con una serie de preguntas que dieron lugar á formidables batallas y á un continuo trasiego de prisioneros. No recuerdo ahora cuál fué de aquéllas la que se le atragantó á un romano, y llamado un cartaginés, tampoco supo contestarla. Alternativamente fueron saliendo de uno y otro bando y ya más de media clase hallábase en dos filas en el centro del aula.

Miguel el rico hacía ya rato que estaba poniéndose en evidencia para que le llamara el profesor; hizo así por fin y, lleno de enfático entusiasmo, soltó el muchacho la contestación, equivocada. Frío y confuso quedó cuando dijo el maestro:

—No es eso; usted, Germán.

El *Piernas* descendió de su banco y sin alarde alguno contestó satisfactoriamente.

Todo un ejército de prisioneros *cartagineses* pasó á poder de los romanos, ocupando el banco vacío en el mismo orden en que habían sido llamados y quedando, por lo tanto, Miguel el último, lo que significaba más tardía redención.

Terminó la clase y cuando llegó la hora del recreo Miguel acentuó sus burlas para con Germán, que como siempre las aguantó mansamente. Pero aquel día, excitado sin duda por la derrota, llevó la cosa demasiado lejos, haciendo clara alusión á la posición humilde de Germán. Este quiso poner término y advirtió á Miguel con el "basta" de costumbre, pero el rico estaba de vena y se le vinieron á la lengua frases soeces que ya el pobre no quiso tolerar por envolver ellas ultrajes á su madre.

Lo recuerdo como si lo viera ahora. Aquellos ojos dulces y expresivos quisieron salir de sus órbitas, aquella fisonomía que no decía nada, dijo entonces mucho, lívida de emoción y de ira, y antes de que Miguel pudiera darse cuenta de ello, dos sonoras bofetadas le hicieron tambalearse é irse al suelo como un ovoillo.

Germán le miró, dió media vuelta y fué á anunciarse al Director.

Mano de ángel, aunque un poco dura, tuvo Germán para acabar con las bromitas. A ninguno se le ocurrió resucitarlas, pues vimos que tenía sus peligros excitar la sangre, al que suponíamos mansísimo cordero.

Llamó el Director á su presencia á Miguel y éste tuvo un rasgo de nobleza que á todos sorprendió y todos aplaudimos. Dijo sencillamente que si se castigaba á Germán, debía-sele castigar á él con mayor motivo, puesto que fué el provocador; que tenía por muy merecidas las guantadas y que juraba no volver á molestar á su compañero, cuyo perdón solicitaba.

Germán—lo que son los niños—se puso á hacer pucheros y volviéndose á Miguel dióle un estrujón y un beso. Las dos bofetadas tuvieron más eficacia y más fuerza para sellar una amistad cariñosa y duradera que las que tenían los notarios para garantizar la seguridad de un contrato con signos, testigos y protocolos.

Y con lo dicho queda hecha la presentación y hasta la filiación moral de los dos protagonistas del episodio que voy á referir.

## II

Miguel y Germán fueron *favorecidos* el año 1873 con la suerte de entrar en quinta, y como en la de aquel año no se disfrutaba del beneficio de la redención, que Miguel hubiera utilizado, uno y otro ingresaron en filas, si bien agarrándose el primero á su título de bachiller para sufrir aquel examen *relámpago* en cambio del cual se le dió el despacho de alférez de milicias, con cuyo grado le destinaron á un batallón de cazadores. Hacían falta oficiales en aquella época.

Germán, convencido de que no le era posible continuar sus estudios, contentóse con los hechos y dióse á buscar una modesta colocación que obtuvo y con lo que se las prometía muy felices para ayudar á su pobre y ya anciana madre; pero cuando empezaba á obtener algún fruto menos amargo de su trabajo, vióse reclamado por los deberes militares, que no eran entonces exactamente sinónimos de los que todos y cada uno tiene de defender á la patria. Iba á las filas á defender una bandera española, combatida por otra ú otras que también españolas se llamaban; pero el Gobierno constituido le reclamaba castigándole si no iba, y Germán fué triste, muy triste por el abandono en que dejaba á su madre, pero confortado hasta cierto punto con la resolución que tomó de hacer carrera jugándose la vida cuantas veces fuese necesario para llegar á la codiciada gloria. Lo que era una desgracia—decía él—podía ser un porvenir.

Quiso la suerte—ó acaso ciertas relaciones é influencias que tenían los padres de Miguel—que Germán fuese destinado al mismo cuerpo en que estaba su amigo y condiscípulo, lo que le consoló y satisfizo bastante, pues lo cierto era que el cariño entre ambos se había arraigado del todo.

Dos meses cortos llevaban en las filas cuando, formando parte de una columna, salió el batallón á campaña. Las circunstancias y las necesidades de la guerra no permitían que se entretuviera mucho á los reclutas con la instrucción; así es que si Miguel se hallaba mandando una sección sin haber tenido más tiempo que el de ojear la ordenanza y un librillo que llamaban de táctica, Germán apenas si pudo aprender á manejar medianamente el fusil y á saberlo cargar y descargar. Pero mezclado, el uno con oficiales más antiguos y el otro con soldados veteranos, allá iban dispuestos á cumplir lo mejor que pudieran y medianamente resignados á recibir un balazo, si la suerte lo disponía.

Mandaba la columna un brigadier de los que tomaban la cosa por lo serio y no dejaba enfriar el entusiasmo de sus soldados. Apenas recibía noticia de que el enemigo estaba á su alcance—y esto lo apreciaba él en 15 ó 20 kilómetros—ya estaba mandando "marchar" y..... adelante, aunque los muchachos se hubieran tenido que tragar antes dos ó tres leguas. Quiero decir con esto que Germán y Miguel pudieron aprender sobradamente, en los siete meses que sirvieron á las órdenes de aquel brigadier, todo lo que no aprendieron antes. Al final de aquella temporada ni el uno ni el otro tenían nada de bisoños. Con resignación primero, por deber después y, al final, con valor y entusiasmo se habían batido lo menos docena y media de veces, lo que no dejaba de representar algo para unos novatos.

Un acontecimiento político por algunos esperado y no mal recibido por la generalidad cambió por completo el cariz dudoso que tenía la guerra é hizo inclinar la balanza en favor del ejército regular, que sin trocar los colores de su bandera, vió ésta levantada por otras manos y otro símbolo. Ese acontecimiento dió ocasión á que las partidas facciosas como las columnas leales se concentrasen recogiendo aquéllas en las poblaciones en que dominaban y tenían apoyo, y formando éstas, divisiones de más importancia para atacar los fuertes y baluartes en que aun se defendían los enemigos.

La columna en que venían operando Miguel y Germán formó parte de una de aquellas divisiones, la que, mandada por un Mariscal de Campo, recibió orden de atacar y ocupar una ciudad en la que se había hecho fuerte lo mejor y más nutrido del bando contrario. La marcha no fué feliz ni tranquila que digamos: la mayor parte de ella debía hacerse por país enemigo y era preciso andar con cien ojos y excesivas precauciones. Ni aun así (y gracias más que á otra cosa á una terquedad del Jefe de la división, que no quiso atender las indicaciones de los prácticos del terreno) pudo evitarse que toda la columna cayese en una emboscada al atravesar un desfiladero que por incuria, desidia, inepticia ó sobrada confianza no hubo la precaución de flanquear. La vanguardia, compuesta de dos batallones de cazadores, uno de ellos en el que servían Miguel y Germán, había ya cruzado el difícil paso. En el centro de éste hallábase la artillería, consistente en una batería de montaña, un regimiento de infantería, el cuartel general y su escolta, y embocaba lo más estrecho de la cañada la retaguardia, compuesta por un batallón y unos ciento cincuenta caballos. Había sitios en que los hombres apenas podían pasar de dos en dos y de uno en uno los mulos de la artillería y los ginetes. En esta disposición se oyeron unos tiros en la vanguardia y, como si esto hubiera sido una señal, de ambos lados del desfiladero empezó á caer una lluvia de balas, mientras que la retaguardia se veía cortada del resto de la división por el ataque de algunos centenares de hombres que á la bayoneta quisieron precipitarse en el callejón para apoderarse seguramente de la artillería, dos de cuyas piezas cayeron en su poder.

Los caballos é infantes que formaban la retaguardia, aunque sorprendidos, bien mandados, retrocedieron buscando más ancho campo en que poder maniobrar, dejando con ese movimiento que el enemigo penetrase en el desfiladero. La vanguardia, que á su vez se vió atacada, avanzó á paso de carga, á fin de despejar lo posible para dar salida á la artillería y cuartel general, que en el centro de la angostura, sin poder revolverse se veían imposibilitados de toda defensa. La situación, más que delicada, era grave, y el Jefe que mandaba la vanguardia, comprendiendo lo que allí podía ocurrir y apelando á un medio heroico para evitarlo, resolvió tomar á viva fuerza los flancos del desfiladero, cuya orden, para efectuarlo, recibieron los dos batallones de cazadores, que, uno por la izquierda y otro por la derecha, empezaron á trepar por aquellas breñas. La primera compañía que embistió fué la en que servían Miguel y Germán, llevando á la cabeza sus oficiales; pero apenas transcurridos cinco minutos cuando tres de ellos y diez ó doce soldados rodaban por el suelo, muertos ó heridos. Miguel, único oficial ileso, tuvo que tomar el mando de aquellos valientes y, aunque ya templado y aguerrido, el horroroso fuego que desde arriba le hacían los enemigos, le hizo titubear un momento.

Germán notó la zozobra y poniéndose de un brinco al lado de su Jefe y amigo le dijo:

—¡Miguel, por Dios y por la honra de tu nombre, no te arredres!

—¡¡Arriba muchachos!! gritó Miguel, y sin mirar si le seguían, arrancó hacia la altura. Llegaron, sí; llegaron los dos amigos y con ellos algunos soldados y tras éstos todo el batallón, que, enardecido por aquel ejemplo arremetió con inaudito coraje y desalojó á los contrarios, persiguiéndolos con encarnizamiento hasta hacerlos descender por la opuesta vertiente.

Rehecha la retaguardia, pudo á su vez atacar á los que intentaron cortala, haciendo prisioneros á los que habían penetrado ya en el desfiladero y recuperando las dos piezas perdidas.

La división se salvó, no sin dejar en aquellos sitios buen número de muertos y recogiendo otro mayor de heridos.

El Jefe que mandaba la vanguardia vió y pudo apreciar perfectamente el arrojo de Miguel y sus soldados y, una vez reunida la fuerza, le llamó ante las filas para felicitarle y anunciarle que lo propondría al General para una recompensa.

Germán, gozoso por la justicia que se hacía á su amigo, no se acordó siquiera de que acaso fué él mismo quien determinó en Miguel el impulso que le hizo atacar con tanto arrojo.

Siguió la división adelante y á las 3 horas de marcha hizo alto á la vista de la ciudad que debía atacar; pero, ya cercana la noche, el General ordenó pernoctar en aquellas posiciones para, al nacer el siguiente día, emprender el ataque.

Pasóse la noche como mejor se pudo y con órdenes terminantes de que no se encendieran fuegos ni se armase ese jolgorio y algazara tan propios de los soldados españoles aun ante los mayores peligros. Al día siguiente, en vez del toque de diana, fueron los respectivos furrieles despertando á las compañías poco antes de amanecer, en medio de una niebla que no permitía ver los objetos á diez pasos de distancia. Con el arma preparada y los ojos bien abiertos, recibió orden de avanzar en guerrillas el batallón de Miguel, y, á la escasa media hora de andar, tropezaron los soldados más avanzados con un parapeto del que empezaron á salir nutridas descargas con infernal gritería, en la que sobresalían las voces de “¡Están aquí!” “¡Están aquí!” El teniente coronel del batallón comprendió en seguida que, ocultos por la niebla y sin darse cuenta de ello, habían llegado sus soldados hasta las posiciones enemigas y quiso sacar, como lo sacó, todo el partido posible de la doble sorpresa. Mandó al cornetín de órdenes tocar “¡á la bayoneta!” con lo que animó á los soldados é hizo comprender al resto de la división lo que sucedía, para que toda ella secundase el ataque de la vanguardia. Así ocurrió, y después de dos horas de fuego, en que la resistencia del enemigo no fué extremada, viósele, ya levantada la niebla, abandonar sus posiciones y evacuar la ciudad, en la que empezaron á entrar las fuerzas del ejército.

Germán, siempre pegado á Miguel, llegó con éste hasta cerca de una casa desde cuyas ventanas seguían disparando dos ó tres desesperados. Dirigiéronse á ella los dos llevando Miguel, que había consumido las cápsulas de su revólver, la espada como única arma útil. Llegaron á la puerta en la que penetraron por hallarla franca, y en la cual nacía una escalera bastante angosta y empinada, cuyas gradas empezaron á subir á saltos, Miguel delante y Germán tras él. En el segundo rellano, donde se hallaba la puerta que daba acceso á la habitación, apareció una furia, más que mujer, con un puchero ó cazo en la mano, cuyo contenido arrojó furiosamente contra los asaltantes. El instinto hizo que Miguel se arrimase á la pared, agachándose, y aprovechando Germán aquel movimiento, saltó delante de su amigo, al que cubrió con su cuerpo, recibiendo en plena cara todo el contenido del puchero, que no era otra cosa que aceite hirviendo.

No fué un quejido ni un grito, fué un rugido de dolor el que salió del pecho de Germán al sentir en su cara aquel hirviente líquido: tambaleóse y hubiera caído á no sostenerle Miguel, que cogiéndole casi en brazos descendió aquella fatal escalera. Salió con su carga á la calle y, guiado por los toques de corneta, se encaminó donde podía hallar auxilio. Hallólo efectivamente y Germán fué conducido á la casa en que se había instalado el hospital de sangre.

Reconocido por el médico del batallón, pudo apreciar las horribles huellas que el aceite había dejado en la cara y especialmente en los ojos de Germán, cuyos párpados estaban materialmente abrasados.

—No creo que muera—dijo el médico—pero sufrirá mucho y si, como temo, el aceite llegó á los cristalinos, este muchacho quedará ciego.

No oyó Germán el pronóstico, pero sí Miguel, que sintió en su corazón tan agudos dolores como los que sufría en la cara su infeliz amigo. Este fué trasladado con la primera ambulancia á la capital.

### III

Pasaron dos meses y Germán, ¡pobrecillo!, había sido dado de alta en el Hospital y de baja en el ejército. Fué á su casa junto á su madre y acompañado por amigos y parientes lejanos que encomiaban su valor para así atenuar su desgracia; porque el médico había acertado: Germán estaba ciego.

Una mañana, la mañana de un día en que, gracias á las buenas almas, aun pudieron comer Germán y su madre, se presentó Miguel acompañado de otro oficial. Llevaban una caja y en la caja una cruz, muy gloriosa y muy envidiada.

—Germán—dijo Miguel—aquí tienes el premio de tu valor y de tu amistad, que te hará más llevadera tu desgracia. Te traigo la recompensa más deseada por muchos y que á ti te han concedido. Tómalala.

A tientas cogió Germán la caja; á tientas la abrió y, pasando la mano por aquella cruz, dijo:

—¡También yo te deseé, gloriosa insignia; pero ahora te toco y no te veo ni te veré jamás! ¿Esto es la gloria? ¡¡Pobre madre mía!! .....

### IV

Y los que conozcan la casa de Miguel habrían visto en ella á un hombre, viejo ya y sin ojos. Sobre su pecho luce la honrosa cruz que le costó á él la vista y á su madre la vida.

*César Viqueo*

Enero de 1905.

---

## Noctambulismo

á Justo A. Facio

Para Páginas Ilustradas

Allá, tras el bosque,  
la tarde fué plegando paso á paso  
el ruedo iridiscente de su traje  
y un velo de tristeza en el ocaso  
dió sombras caprichosas al paisaje.

En los cipreses lacios  
el viento demostró su rebeldía  
rugiendo con sus pífanos relacios.....  
La tarde ensangrentóse en su agonía  
y el cielo brotó un llanto de topacios.

En medio de nogales  
el río murmuraba barcarolas  
espumas destrenzando en los trigales;  
velaron su carmín las amapolas  
y su arpa no pulsaron los turpiales.

¡Oh, noche de secretos!  
En mi alma se posaron mil barruntos  
cual huestes de murciélagos inquietos,  
y entonces mis pesares ya difuntos  
se irguieron como blancos esqueletos!

*Lisimaco Chavarria*



Fot. Paynter Bros

Costa Rica. — Puente Birris en el Ferrocarril al Atlántico

# Sugestiones

Para Páginas Ilustradas

Los dioses de la ciencia, de la pedagogía, de la política, del arte, de la jurisprudencia y medicina dormitan en sus altos zócalos. La muchedumbre hormiguea á sus pies: cada cual pasa dejando un tributo de adhesión y respeto al fetiche, ya consagrado como tal por el juicio de un conjunto.

Abajo, entre el pueblo, la prensa gacetillera ventila asuntos que parecen importantes. Ahora se trata de una cuestión de higiene pública: nada se ha dicho que satisfaga al pueblo; todo lo escrito es muy superficial. Los hombres quisieran oír la opinión de algunos de sus dioses sobre el asunto en referencia.

Alguien entristecido y suspirando, dice:— Si hablara Fulano!

Otro añade:— Quién oyera á Zutano!

Sedientos de luz, de oírlos dar una opinión, á un tiempo alzan todos la vista hacia sus dioses. Pero en vano! Los dioses apenas abren idiotamente los ojos, se fijan sin hablar como lechuzas, repliegan de nuevo los párpados y continúan en silencio y dormitando. Los dioses no quieren hablar!

La mentira, la adulación y la herencia colocó á esos fetiches en sus altos zócalos, no fueron ni su ciencia ni sus virtudes. Ahí están, mudos, no opinan, qué les importa lo que el pueblo ventila y lo que éste quisiera oír de ellos!

No hay que hablar; allá en el bajo existen otros hombres audaces que se reirían y harían pedazos sus sentencias. No debe hablarse. Hay que mantener la reputación ficticia á todo trance. Un disparate, un rebuzno, como el del burro de la fábula, los haría caer de su zócalo. Y esto no conviene. Halaga tanto la adoración inconsciente de ese rebaño que murmura á sus pies! Las iconas de las iglesias no hablan nunca y son tan respetadas. Por qué no imitarlas? Hay que hacer lo de ellas.

En tanto, allá abajo el asunto de higiene pública no se ventiló bien, porque todos estaban á oscuras. Como ese asunto pasaron veinte ó treinta en un año.

Los idólatras incondicionales piden explicación á sus dioses, pero estos siguen el camino más prudente: no hablan.

Si hablara Fulano!

Quién oyera á Zutano!



Falk

# Pa qué ser güeno.....!

Para Páginas Ilustradas

Cuando Rafelillo, un muchacho listo y simpático que ya conocía, llegó á la taberna medio ébrio, los tertulianos lo miraron con fijeza y uno de ellos, tfo de él le preguntó:

—Ya vas más resinao, muchacho?

—I figúrese usted—me dijo —qu'este está de muerte porque la novia lo dispregió!

—No es eso tfo, pa qué cuenta?

—Pus éste —siguió diciendo ñor Juanico—ni sale, ni trabaja, ni jace naitica por'esa!

Sé valiente y no un maricas, si á puñaos están las jembras, si las jembras están como mais y más güenas y más guapas qu'esa que se jué!

—No puedo tfo—decía el joven tristemente—si á yo lo que más me emporra es que se juera con'otro, con'uno del centro.....Pa eso vienen....! Yo quiero mucho á esa joben, tanto tiempo de querela, y anticos de que se juera me dijo qu'es qu'era yo un tonto...! y esa indireita, á yo me tiene resentfu... Asina es, viene uno d'allá bajo y con cuatro riales y con cuatro «pericos» innamorán las muchachas y se las llevan....! Ni tan siquiera eso nos permeten los ricos..! Las mujeres son malas, tfo, son malas..! Y agora—seguía diciendo - pa qué me pongo el vestfu de coger misa? Pa qué salgo...? Pa qué trabajo...? Si ya se jué...pa qué...? Sabe, tfo, lo que me da ganas?

—Qué sobrino, probe muchacho..!

—Pus yo no sé, pero siento una cosa...!

El cantinero llegó con los «amarguitos» pedidos y Rafelillo, como encontrando un alivio para su malestar, exclamó: —«Bebamos tragos, bebamos, que siento estar inferno, muy inferno y con el corazón como encogfo...!

Todos lo compadecíamos y con lástima lo mirábamos: tal era el dolor que se veía en su semblante y la tristeza con que hablaba.

Tomamos los tragos y después de consolar á Rafelillo, éste pidió más tragos, más...! y haciendo un gesto de desaliento, exclamó: Pa qué ser güeno...!

Al oír esa exclamación, el tfo lo miró largamente y desconsolado le dijo al vecino:

«Avís visto mano José....el sobrino está cogfo de la mano del Diablo....!

*Stenio*

Mayo de 1904.

## Origen de la ELEGIA DE ERNST

(Traducción del inglés por Ismael Cardona)

Para Páginas Ilustradas

Corría el año 1831. En la sala elegantemente amueblada de una mansión Vienesa, dos niños estaban sentados juntos en un sofá,—al menos, cualquiera los hubiera tomado por niños al ver sus caras juveniles, en las que ningún pensamiento impuro se había albergado todavía, y porque no demostraban ninguna preocupación por los asuntos del mundo.

Por su desarrollo el joven podría tener 17 años: su fina cabeza reposaba en unos hombros bien torneados y sus ojos estaban encendidos con la emoción provocada evidentemente por lo que en ese momento decía. La doncella, que contaba seguramente no menos de 15 años, botón comenzando á abrirse, descansaba ambos brazos sobre las rodillas, mientras miraba al muchacho, y seguía las palabras de éste con tal interés que la expresión de su cara era un espejo en donde se reflejaban las ideas de aquél.

La puerta se abrió sin el menor ruido, y un caballero alto penetró en el salón. Los muchachos, entusiasmados, no se apercibieron de ello, hasta que el caballero posó su mano en el hombro del adolescente, el cual se volvió y se levantó rápidamente, ruborizándose.

—Déjanos un momento solos, niña,—dijo el recién llegado á su emocionada hija, que también se incorporó ligera, y después de echar una mirada ansiosa á los dos que permanecían atrás, se retiró. El caballero invitó al joven á ocupar de nuevo su asiento.

—¿Qué edad tienes, Wilhelm?—comenzó, sentándose al lado de él.

—Diez y siete años,—fué la respuesta, después de una pequeña pausa.

—¿Y estás enterado de que todavía tienes mucho que aprender antes de obtener ese rango artístico que un hombre puede procurarse, consagrando su vida á la carrera musical, y que sería persona de estimación en nuestro círculo? Eres joven de gran talento, Wilhelm; te he permitido frecuentar mi casa con mucho gusto y he observado por mí mismo la inclinación mutua que os tenéis; yo considero la aristocracia del genio superior á la del nacimiento, y conozco la limpieza de tu alma. Pero á dónde te conduciría esto ahora? Tus naturales aptitudes son, sin duda, magníficas para justificar que puedes *llegar á ser* un hombre con quien tendría gusto en casar á mi hija; pero todavía, Wilhelm, no eres nada. Anda, trabaja y estudia; dedica tus mejores energías á los años de aprendizaje, hazte el artista que, ennoblecido por su genio, pueda entrar en fila con lo mejor; procúrate un nombre y . . . . luego, vuelve: si tu inclinación juvenil no se ha disipado entonces, mi puerta se abrirá de nuevo para tí—y, mientras tanto, yo no persuadiré á mi hija á que haga otra alianza; ¿estás conforme, Wilhelm?

El joven alzó la cabeza: en sus ojos brillaba una luz maravillosa. Con un hondo suspiro puso su mano en otra que se le extendía.

—Oh! sí, y os doy las gracias, respondió con voz que, aunque aparentaba gran resolución por el tono, no dejó de ser trémula.

—Bien! pero en este caso debes abandonar la ciudad mañana. Me

inclinó á creer de cualquier manera, que has estado suficiente tiempo en nuestro Conservatorio para tu propio bien.

--Mañana temprano saldré para París,—hace tiempos lo habfa pensado.

--Ven á vernos esta noche cuando tus preparativos de viaje estén concluidos y luego nos despedimos.

Han pasado siete años. No sólo París sino lo mejor de Europa encontró familiar el nombre del joven violinista á quien el mismo Paganini consideró digno de especial atención. Siete años,—el tiempo estipulado para mostrarse digno de su amor, el tiempo que comprobarfa si su inclinación era durable. Ni una sola carta se le permitió dirigir á aquella á quien él propuso para celebrar su primera y gran composición, y para quien ningún pensamiento habfa sido lo suficiente bello ó grandioso, á su juicio. Sólo indirectamente, alguna vez que otra, recibió saludos ó recados de élla; los mensajes que él mandó no eran más que los recortes de periódicos que se referían á sus trabajos y progresos. Y al fin se hizo digno; el amor creció más fuerte y más hondo con los años, y estaba ligado con su menor pensamiento, con su sér entero.

Dos días antes del final del sétimo año estaba ya listo para volver á su país, calculando llegar á Viena una hora más tarde que la señalada por el padre de su prometida.

Día y noche viajó en extraordinario, y al caer la noche del segundo día arribó á Viena. Apenas tomó el tiempo necesario para cambiar de traje, se dirigió con precisa inusitada á la casa entre cuyas paredes se encerraba toda su felicidad.

La puerta de la calle apareció abierta pero adentro todo era oscuridad. Un sentimiento de terror, como presagio de gran desgracia, le asaltó. Ascendió la tan conocida escala; abrió la puerta de la sala y quedó como convertido en piedra; un pánico como el golpe de la muerte hirió su pecho; la vista se le disminuyó gradualmente y..... no supo más.

En medio de la sala estaba un ataúd abierto y rodeado de bujías; y en un túmulo de flores descansaba *ella*, azahar desgajado, la doncella por quien él luchó y trabajó, y á la que esperaba con paciencia.... Una hojeada bastó para mostrarle que toda su esperanza y que toda flor, la de su juventud, se habían marchitado para siempre.

Pasó el entierro; pero él no supo nada; postrado por una fiebre cerebral, estuvo á las puertas de la muerte y casi parecía que la novia muerta no tendría que esperar mucho á su compañero. Pero su natural fuerza ganó la victoria. Dos meses después apareció por primera vez entre la gente;—pero como otro hombre distinto; su vista parecía mirar algo aparte de lo que pasaba á su alrededor, como si se encerrase en sus pensamientos.

El violín fué su solo amigo; en el silencio de las altas horas de la noche, tonos de incomparable tristeza salían de sus cuerdas:—escribió una endecha ó canto fúnebre en memoria de su amada muerta, una elegfa, que mueve los corazones con su habla y que es conocida por todo el mundo; porque el hombre cuya historia hemos contado, fué el violinista Heinrich Wilhelm Ernst.

Enero 14 de 1906.

## Galería de artistas célebres

### EL 150 ANIVERSARIO DEL NATALICIO DE MOZART

En Viena se ha inaugurado una fuente monumental en honor del célebre compositor alemán que tantas privaciones tuvo que sufrir en vida, obedeciendo quizá á la fuerza del sino triste que parece pesar sobre los genios.

De estos fueron Lope de Vega y Mozart, asombro del mundo por sus inmortales obras y por su precocidad verdaderamente peregrina.

Wolfgang, al cabo, encontró en todas partes la glorificación que merecía. Lope, en cambio, es hoy únicamente conocido y amado por los eruditos: Lope, que por el número, variedad y excelencia de sus producciones, constituye una literatura.

Entre las obras que Mozart estrenó en Viena, recordamos la ópera *El rapto del Serrallo*, que le valió un regalo de cincuenta ducados y el nombramiento de compositor de la Real Cámara, con una pensión de ochocientos florines; la famosa partitura *Las bodas de Figaro*, vivero de ideas musicales y de invención artística, y también *Il flauto mágico*.

Todo ello no libró al maestro autor del *Don Juan*, la *ópera de las óperas*, de su penuria económica y de una melancolía mortal que afligió mucho su grande espíritu.



MOZART

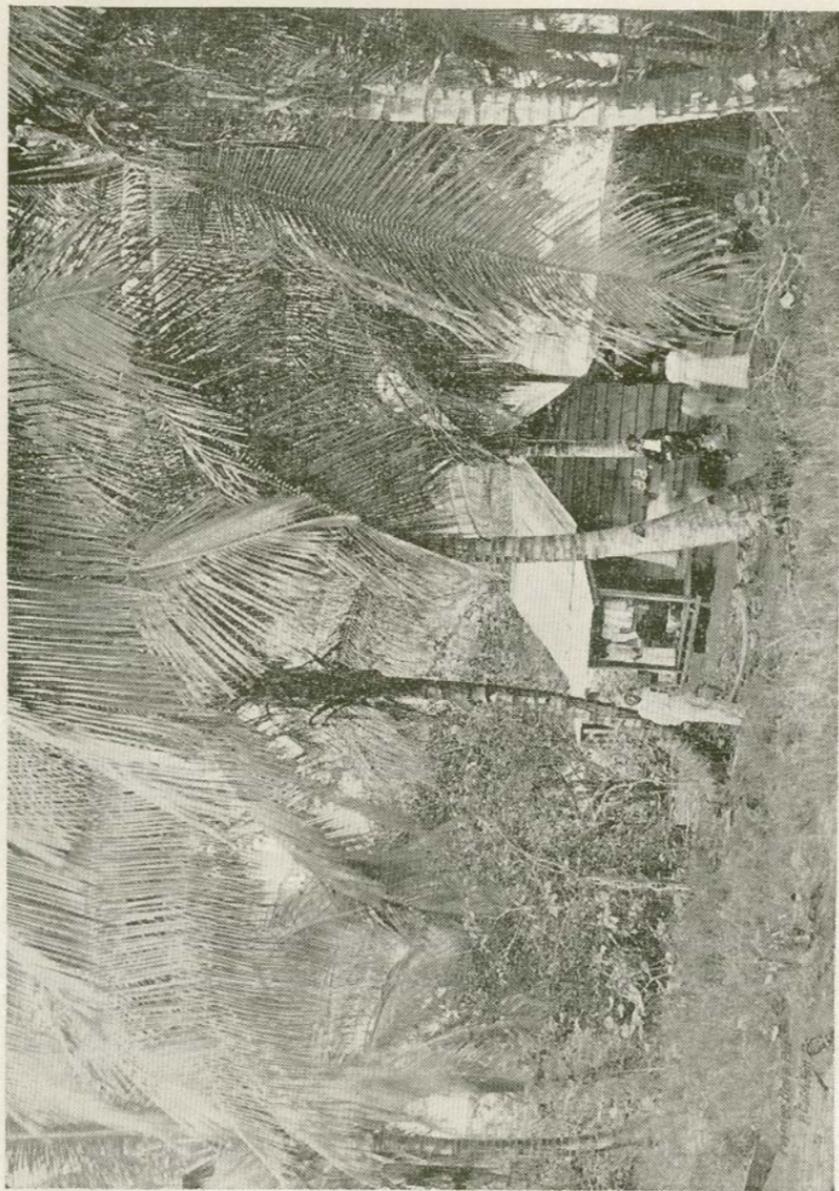
(De Blanco y Negro)

---

EL AMATISTA, que como se sabe es una piedra preciosa de color violado que tira á purpúreo, no se emplea mucho en las joyas porque de noche pierde su color.

\* \* \*

LOS JAPONESES tienen tres diferentes modos de saludar. Uno para los iguales en el mundo social, otro para los inferiores y otro para los superiores.



Fot. Paynter Boos.

Costa Rica.—Una vista en la Costa Atlántica

## El caso de María Barbella

Hace algunos días he experimentado, en mi calidad de antropólogo criminalista, un vivo placer, y quiero referir al público el motivo que lo ha ocasionado, para fijar en un hecho, siquiera sea anecdótico, las ideas siempre vagas que tiene el público profano acerca de los dictámenes de los antropólogos criminalistas.

Hace diez años fué muy sonado en Nueva York el proceso y la sentencia de María Barbella. Se trataba de una pobre emigrante italiana que había asesinado á su amante; pero le había asesinado en circunstancias tan trágicas, que hubieran debido hacer sospechar en el acto, aun á los menos avisados, que se trataba de un delito pasional y no de un delito cometido por criminal nato. La pobre había sido seducida por su amante con promesa de matrimonio, y el amante en cuestión, después de haberla seducido y arrancado del seno de su familia, en lugar de cumplir su promesa, había empezado á maltratar á su víctima, á vilipendiarla, á burlarse de ella y á gastar el dinero que la pobre ganaba con su trabajo, en divertirse con otras mujeres. La desgraciada había soportado siempre todas las injurias, palizas y afrentas con paciencia y sumisión, esperando inducirlo algún día, con su mansedumbre y bondad, á legalizar su unión y devolverle su «honor,» como ella creía ingenuamente. En lugar de esto llegó á saber un día que su hombre había decidido partir secretamente para dirigirse á San Francisco, en compañía de dos amigas suyas. Cuando supo esta noticia, corrió en busca de su amante, que estaba en una taberna, se echó á sus pies, le suplicó y le imploró que se casase con ella, asegurándole que le dejaría partir y hasta le daría todo el dinero que tuviera para que lo gastase con sus amigas, pero que no podía soportar la vergüenza de su deshonor mientras no se legalizase su unión. El hombre la rechazó brutalmente, diciéndole: «Sólo los cerdos se casan.» Entonces ella, impulsada por la rabia y la desesperación tomó una navaja de afeitar y se arrojó sobre él para asustarlo. Desgraciadamente la navaja cortó la carótida, y el hombre cayó en tierra muerto. Cuando la mujer se dió cuenta del trágico suceso, en lugar de pensar en huir y esconderse, como le aconsejaban los presentes, se fué derecho á un policeman, y le dijo: «Préndame V., porque he asesinado á mi amante.» Desde el primer instante no se vió en ella, en suma, ninguna tentativa ni preocupación para salvarse ó atenuar su delito. Juzgada por los tribunales, defendida por abogados inexpertos, y no conociendo ni ella ni los testigos italianos la lengua en que se desarrollaban los debates, fué condenada á muerte con todas las circunstancias más agravantes de premeditación.

Por aquella época leí el caso en los periódicos, y no vacilé en declarar que si alguna vez se había cometido un delito por una persona que no pareciese delincuente, era precisamente aquél; que se trataba de un delito pasional, del que había que excluir toda premeditación, de uno de esos delitos que parecen indicar en una persona más bien que la perversidad, el deseo de venganza y la crueldad, un exceso de sensibilidad,

que se trataba de una persona que había obrado bajo el impulso de circunstancias tan ocasionales que no se podía asegurar que hubiese en ella instintos ingénitamente criminales, ni era posible considerarla como una peligrosa para la sociedad.

Estos hechos que habían llamado mi atención, llamaron también la de otras personas, entre otras, la de la condesa Cora de Brazza, americana de nacimiento y esposa de un Cónsul italiano. Considerando enorme y monstruosa la sentencia de muerte, puso en juego, además de su influencia personal, tanto valor, energía y actividad, que al fin obtuvo la revisión del proceso. Esta vez pudieron examinarse los hechos y las cosas bajo su verdadero aspecto, fué defendida por abogados americanos de gran valor, acabó por ser absuelta y, en lugar de ser electrocutada, fué puesta en libertad y tuvo el placer de verse devuelta á la vida.

Ahora bien ¿quiénes habían tenido razón? ¿los primeros jurados que habían condenado á María Barbella ó los segundos que la habían absuelto?

Hace algún tiempo tuve ocasión de hablar con la Condesa de Brazza, la verdadera salvadora de María Barbella, que sigue en relaciones con su protegida, y le pedí noticias con gran curiosidad.

Ahora bien, la vida de María Barbella, de aquella mujer que la sentencia pintaba y presentaba como un feroz asesino, después de su absolución, ha sido un ejemplo magnífico de lo completamente inofensivos que son esta especie de criminales excepcionales, que una sola vez en su vida, y bajo el imperio de circunstancias extraordinarias, incurrieron en el delito; demuestra, además, la función útil y altruística que pueden volver á desempeñar en el curso de una existencia normal semejantes personas. Esta mujer ha encontrado un marido y trabaja con él en el más completo acuerdo; y no es esto sólo, sino que en virtud de una especie de misticismo muy fácil de explicar en persona tan apasionada y que ha pasado por tan terribles pruebas, cree ella que su vida ya no le pertenece, sino que pertenece á los demás, y que el bien que ha recibido por obra de la piedad de los hombres debe devolverlo á otros hombres en piedad y caridad. No obstante tratarse de una campesina inculta y grosera, ha pensado en organizar, con sus modestos ahorros de costurera, alguna cosa en beneficio de los pobres y especialmente de aquellos cuyas miserias le han dado á conocer las circunstancias dolorosas de su propia vida. Todos los días prepara una gran olla de menestra para las mujeres y los hijos de los presos italianos.

Dos años después de su absolución hubo un incendio en una casa inmediata á la suya, y supo que una mujer anciana y enferma se hallaba en una habitación, condenada á ser presa inevitable de las llamas; entonces, con ese ímpetu característico de las místicas histéricas que se autosugestionan, se lanzó por una escalera gritando: «¡Me han salvado la vida, y yo debo salvar la de los demás!» Llegó hasta la enferma y logró ponerla en salvo.

\* \* \*

He aquí un ejemplo práctico y sugestivo de lo que mi escuela sostiene y trata de demostrar desde hace largo tiempo. Nosotros decimos que no es justo ni útil castigar todos los delitos del mismo modo con artículos del código que parecen medicinas para todos los enfermos; nosotros sostenemos que es preciso no concretarse á la forma material del delito, sino que hace falta investigar el ánimo del que lo ha cometido, porque quitando á la pena el carácter y la significación absurda y bárbara de vindicta social, no le queda á la sociedad otro derecho que el de defenderse contra aquellos individuos que le son, por su naturaleza, fatalmente nocivos. Debemos, pues, ante todo, estudiar qué estímulos han impulsado al reo á cometer su delito, y cómo se ha conducido antes, después y durante la comisión del mismo. Si encontramos, como en el caso de María Barbella, que la delincuente ha observado siempre una vida honrada y llena de bondad, que el crimen cometido en virtud de un irresistible ímpetu personal y que después de haberlo cometido se arrepiente y se entrega á sí misma, podemos deducir que no se trata de un criminal nato, sino de un fenómeno ocasional en su vida producido por estímulos irresistibles. Por eso no representa el delincuente en este caso un elemento peligroso para la sociedad, y no tenemos necesidad de defenderla y salvarla de semejantes organismos, como no pensamos en deshacernos de un árbol que tiene raíces robustas, porque puede ocurrir que un torbellino violento lo arranque y eche casualmente por tierra.

CÉSAR LOMBROSO

Turín, junio de 1905

## LAS IDEAS

Surge á veces en el llano  
y en la loma á veces brota  
susurrando mansamente,  
como de una arteria rota,  
cristalino manantial;  
manantial inagotable  
cuya linfa fresca y pura  
se desliza misteriosa  
bajo arcadas de verdura  
como sierpe de cristal.  
Danle sombra con sus ramas  
los arbustos de la orilla,  
y despliega ante sus plantas  
la balsámica gramilla  
su magnífico tapiz.  
Ya se vuelca en un ribazo,  
ya se arrastra en una hondura,  
ya parece, desde lejos,  
en la faz de la llanura  
misteriosa cicatriz.  
Pero avanza, siempre avanza;  
deja el llano, cruza el monte  
y al murmullo de sus pasos  
se va abriendo el horizonte  
como el velo de un altar;

lo saluda el ave errante  
con dulcísimo gorgoros  
y le cuenta el aura tímida  
sus amantes devaneos  
á la luz crepuscular.  
La onda leve se agiganta,  
su rumor se torna en grito,  
como el pecho que fermenta  
la ansiedad del infinito,  
la inquietud del porvenir;  
y creciendo y avanzando,  
el raudal se torna en río,  
y va el río tumultuoso,  
impertérrito y sombrío,  
con el mar á combatir.  
¡ Así nacen las ideas,  
manantiales de onda pura:  
las ideas que no tienen  
más escudo ni armadura  
que el escudo de su fe.  
Pero avanzan silenciosas  
se retuercen, forcejean,  
y se allanan las montañas,  
y los páramos chispean  
á los golpes de su pie.

OLEGARIO V. ANDRADE

# UNA NUEVA IDEA



Si usted nos pide nuestro Catálogo profusamente ilustrado, usted ordenará la mercancía por **correo** y nosotros le enviaremos de seguida **libre de porte** todo lo que usted quiera,

## LA DEMOCRACIA "ARTAVIA"

APARTADO 179

SAN JOSÉ

# KODAKS

CON  
TODOS SUS  
ACCESORIOS

ORDENES POR CORREO

SURTIDO  
RENCVADO  
SEMANALMENTE

Cigarrería "El Progreso"

— SAN JOSÉ —

FED. MORA C. AGENTE EXCLUSIVO PARA COSTA RICA



Páginas Ilustradas son el mejor medio de propaganda.

# Vapores-correos á Nueva Orleans

## SERVICIO SEMANAL

"SAN JOSE"  
"ESPARTA"  
"LIMON"



Grandes comodidades para pasajeros.  
Hacen la travesía en 4 días y horas.

PASAJE DE PRIMERA \$ 50-00 ORO  
DE IDA Y VUELTA \$ 80-00 ORO

R. J. SCHWEPPE,  
Administrador

United Fruit Co., División de Costa Rica

## ENRIQUE FERNÁNDEZ

Agente y comisionista

Apartado 403.—San José

Se hace cargo de cualquier  
clase de pedidos al exterior.

ApoDERADO de las siguientes casas:

The Victor Talkig Machine Co.,  
Fonógrafos y útiles

The Oliver Typewriter Co.,  
Máquinas de escribir

Price's Patent Candle Co.  
Fabricantes de velas

Gerstendorfer Bros  
Pinturas, esmalte, etc.

## CASA DE SALUD

ESTABLECIMIENTO DIRIGIDO  
POR EL

Doctor J. I. TOLEDO LOPEZ

San José, Costa Rica

Comodidad y servicio esmerado.  
Operaciones de todas clases.

## HISPANIA

SOCIEDAD CARTOFILA ESPAÑOLA

Cotización anual, un peso oro.

LA SOCIEDAD PUBLICA SU ÓRGANO

"España Cartófila"

Revista mensual repartida en  
Europa y América, con numerosos  
y buenos avisos.

**Precio de anuncios:**

Una página. . . . . diez francos  
 $\frac{1}{2}$  —, — . . . . . cinco "  
 $\frac{1}{4}$  —, — . . . . .  $2\frac{1}{2}$  "  
Mínimum tres inserciones.

Dirigirse al Director  
de «ESPAÑA CARTÓFILA»  
Pasaje de la Paz, 2 Ppal.  
Barcelona-España

## J. M. Barrionuevo

Médico y Cirujano

Graduado en los reales Colegios de  
Medicina y Cirugía de Inglaterra

Despacha en la \* \* \* \* \*  
\* \* \* \* \* Botica Universal

Noroeste del Mercado. San José

HORAS: 9-30 á 10-30 a. m.—11 á 4 p. m.

Páginas Ilustradas es una revista internacional y sus anuncios tienen mucha aceptación.

# VISTAS de Costa Rica

POR AMANDO CESPEDES M.,  
*Artista Fotógrafo.*

**25**  
CENTIMOS  
CADA  
UNA

60 VISTAS  
DE  
SAN JOSE

PRIMERA  
EDICIÓN

De venta en la "Educación"  
Librería de M. V. Blanco.  
San José. 

*Para Regalos.*

## JUAN ROJAS H.

### ALMACEN Y TIENDA DE NOVEDADES

Frente al Banco de Costa Rica. San José

Completo y variado surtido de artículos de moda tanto para señoras como para caballeros.

## THE GLOBE

### SOUVENIR CARD EXCHANGE

REVISTA CARTOFILA MENSUAL

Suscripción al año 4 francos

Arthur O. E. Hawskett

Box 301 — Minneapolis, Minn.  
Estados Unidos

## LA REVUE POSTALE

 Revista Filatélica Ilustrada  
mensual. — 2 francos año.  
Una página de avisos, 15 francos

Dirigirse al Director de

↳ LA REVUE POSTALE ◀

14 rue de Gueldre, Liege, Bélgica

Z  
P  
A  
P  
A  
T  
E  
R  
I  
A  
P  
A  
S  
T  
O  
R



TRABAJO FINO  
COSIDO Y CLAVADO

## A LA MEDIDA

SAN JOSÉ

CERCA DEL CORREO  
CERCA DE LA ARTILLERIA  
CERCA DE LA PRENSA LIBRE

SANTOS PASTOR

Los lectores de Páginas Ilustradas deben de relacionarse con los anunciantes extranjeros.

# PAGINAS ILUSTRADAS

REVISTA SEMANAL  
ILUSTRADA.

AVISOS por cada vez:

1 Página @ 6-00	1 Columna @ 3-00
½ " 3-00	½ " 2-00
¼ " 2-00	¼ " 1-00
⅛ " 1-00	Económicos 0-50

Repetidos, precios convencionales

PROPIETARIOS:

Calderón Hermanos

DIRECTOR;

Próspero Calderón

AGENTE GENERAL

para avisos y suscripciones

Amando Céspedes M.

San José, Costa Rica, C. A.

Un colón: 50 cents. american gold  
Un colón: 2½ francs.

# TARJETAS POSTALES

ARTÍSTICAS

Centralización de Colecciones al  
Bromuro de Plata, negro y en color.

FOTOTIPIA, HELIOGRABADO

CROMOLITOGRAFIA

ENVIOS A ESCOGER

de 10, 20, 30 francos

Precios baratísimos

Inmensa variedad

PREMIO

Por cada pedido de 20 ó 30 francos  
mandaré un hermoso álbum  
para 300 ó 500 postales de un  
valor de 8 á 10 francos.

GEORGES COURTAIN

1, rue de Rouen, ROUEN, FRANCE

"L'ETOILE CARTO-PHILATELIQUE"

4, RUE HAUTE 4

A GONDRECOURT MEUSE FRANCE

El Director de esa Revista  
Ofrece á precios muy bajos su  
tarifa de anuncios para los co-  
leccionistas de

TARJETAS POSTALES ILUSTRADAS

Lic. Luis Anderson

ABOGADO

En las Arondas del Teatro Nacional

Dr. Gerardo Echeverría y Aguilar

ABOGADO

Al Norte del Teatro Nacional

ESTAMPILLAS

DE COSTA RICA

Se admiten á cambio de suscri-  
ciones á esta Revista, consultan-  
do con el Agente General.

AMANDO CÉSPEDES M.

Apartado 431. San José

IMPRENTA

ALSINA

LA MEJOR DEL PAIS

Precios BARATISIMOS

Los avisos de Páginas Ilustradas son muy efectivos.